

# *Anatomía de «un asunto interno». La actitud del gobierno estadounidense ante el 23-F*

*Misael Arturo López Zapico*

Universidad de Oviedo

*Resumen:* El presente artículo analiza el controvertido comportamiento del gobierno estadounidense durante el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. La calificación de los hechos como un «asunto interno» por parte del secretario de Estado Haig ha dado pábulo a todo tipo de hipótesis sensacionalistas. El estudio de las comunicaciones enviadas desde la Embajada norteamericana en Madrid durante esas difíciles horas para la joven democracia española parece descartar cualquier implicación directa por parte de la Administración Reagan en la conspiración. Igualmente, el ensayo repasa las relaciones entre España y Estados Unidos durante los meses previos y posteriores al golpe.

*Palabras clave:* España, Estados Unidos, 23-F, democracia, golpe de Estado.

*Abstract:* This paper focuses on the controversial behavior of the U.S. Government during the attempted coup d'état in Spain on 23 February 1981. The inappropriate statement made by the Secretary of State Haig, who referred to the assault as an «internal matter», gave rise to all kind of sensationalist hypothesis. The exploration of the messages sent by the U.S. Embassy in Madrid during those difficult hours for the young Spanish democracy seems to dismiss any direct implication of the Reagan Administration in the conspiracy. This essay examines as well the relations between Spain and the United States on that period.

*Keywords:* Spain, United States, 23-F, Democracy, Coup d'état.

La literatura sobre el golpe de Estado del 23-F se muestra como un perfecto ejemplo del exceso de celo por parte de los historiadores ante hechos que han tenido lugar en el pasado reciente<sup>1</sup>. Éstos han preferido ceder ese espacio a otros investigadores —provenientes en su mayoría del campo de la comunicación— en vez de reclamar su papel bajo los presupuestos de la historia del presente. Esta disciplina historiográfica, pese a carecer de un marco teórico definitivo, no debe confundirse con la labor que, hasta el momento, han venido desarrollando los periodistas<sup>2</sup>. Las obras que he manejado para la elaboración de este artículo me han reafirmado en la impresión de que el periodismo de investigación, sin negar su importancia, poco o nada tiene que ver con el oficio de historiador, pues, en aras de construir un relato efectista y atractivo para el mercado, no dudan en sacrificar valores tan esenciales como la precisión o el empleo con propiedad de las fuentes<sup>3</sup>.

La gran debilidad de prácticamente todas las obras dedicadas al asalto al Congreso y sus derivaciones estriba en su excesivo recurso a confidencias orales para, amparándose en ellas, defender todo tipo de suposiciones<sup>4</sup>. ¿Puede entonces el historiador trabajar sobre este tema si, al parecer, no existen esos vestigios materiales que nos permitan respetar la clásica máxima *Quod non est in actis, non est in mundo*? Se ha afirmado demasiado a la ligera que no existen fuentes idóneas para acercarnos a un estudio histórico del 23-F. Por descontado, es ocioso buscar el documento que revele la iden-

<sup>1</sup> ARÓSTEGUI, J.: *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 23.

<sup>2</sup> No comparto el criterio de Carmen Iglesias, para quien «el periodismo es la historia del presente y la Historia es el periodismo del pasado», *El Mundo*, 25 de octubre de 2009. Sobre las difíciles relaciones entre los historiadores y los profesionales de la comunicación, véase CUESTA BUSTILLO, J.: «Historia del Presente y periodismo», en DÍAZ BARRADO, M. P. (coord.): *Historia del tiempo presente. Teoría y metodología*, Cáceres, UNEX, 1998, pp. 131-157.

<sup>3</sup> Recordemos que el profesional de la historia aspira a construir verdades científicas (no absolutas), las cuales «se distinguen y oponen a los dogmas, creencias, opiniones y conjeturas en virtud de su pretensión de objetividad, necesidad y carácter marcadamente crítico». MORADIELLOS, E.: *El oficio del historiador*, Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 3.

<sup>4</sup> «La falta de documentos, ya que como se sabe el 23-F fue un golpe “sin papeles”, obliga a acudir a testimonios personales, muchos de ellos interesados o justificativos». CALDERÓN, J., y RUIZ, F.: *Algo más que el 23-F*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004, p. 18.

tividad del manido «elefante blanco». Pero el historiador no busca develar los grandes misterios de los acontecimientos, sino entender el porqué de los mismos y, para ello, las fuentes con las que contamos son perfectamente útiles.

A lo largo del presente artículo analizaré la actitud del gobierno estadounidense ante la intentona golpista. No se trata de proporcionar un diagnóstico definitivo sobre la misma, sino de ordenar los datos que tenemos y desechar aquellos juicios que no resistan un estudio crítico. Gracias a los protocolos de desclasificación de los archivos norteamericanos, es posible acceder a documentos inéditos que nos permiten conocer mucho mejor el comportamiento del gobierno estadounidense antes, durante y tras el 23-F.

## Las aportaciones del periodismo de investigación

Prácticamente todas aquellas obras que abordan el 23-F acaban dedicando un apartado al comportamiento del gobierno estadounidense durante esas difíciles horas para la democracia española<sup>5</sup>. Se trata de una cuestión que arranca desde la misma fecha del golpe, calando en el inconsciente colectivo la sensación de que a los norteamericanos nuestra democracia «les importaba un bledo»<sup>6</sup>. Llovía sobre mojado y las desafortunadas declaraciones del secretario de Estado Haig, mientras los diputados aún eran rehenes de Tejero, serán el catalizador perfecto para encauzar un difuso sentimiento anti-norteamericano presente en importantes sectores de la sociedad española<sup>7</sup>.

A la hora de valorar el papel del gobierno estadounidense durante el 23-F, todos los relatos periodísticos han pivotado sobre tres aspectos muy concretos. El primero sería un supuesto conocimiento previo que habría llevado a los norteamericanos a poner en alerta a sus instalaciones militares para hacer frente a cualquier eventuali-

<sup>5</sup> Por no citar más que algunos ejemplos, CERCAS, J.: *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori, 2009, pp. 75-76; CERNUDA, P., et al.: *23-F. La conjura de los necios*, Madrid, Foca, 2001, pp. 186-189; PALACIOS, J.: *23-F: el golpe del CESID*, Barcelona, Planeta, 2001, p. 347, y URBANO, P.: *Con la venia... yo indagué el 23-F*, Barcelona, Plaza Janés, 1987, p. 25.

<sup>6</sup> AZCÁRATE, M.: «La percepción española de los Estados Unidos», *Leviatán*, 33 (1988), pp. 5-18.

<sup>7</sup> SEREGNI, A.: *El antiamericanismo español*, Madrid, Síntesis, 2007.

dad. Un segundo punto sería la importancia geoestratégica que tenía España para el entramado defensivo estadounidense en el Mediterráneo<sup>8</sup>. Finalmente, al margen de Haig, el otro «villano» del relato es, indefectiblemente, el embajador norteamericano en Madrid<sup>9</sup>. Con total ligereza se ha llegado a afirmar que, «en las primeras horas de la noche, Terence Toddman [*sic*], *el hombre que probablemente más sabía del golpe*, abandonó la embajada, [...] fuertemente escoltado. Dónde estuvo aquella noche es un misterio» (cursivas mías)<sup>10</sup>. En torno a estos vectores, algunos autores han construido todo un entramado conspirativo que les lleva a acusar directamente a Washington de estar detrás del golpe<sup>11</sup>. Estas hipótesis no se apoyan en evidencias contrastadas, sino sobre pruebas meramente circunstanciales, tomadas de aquí y allá, sin un nexo común que las una más allá del propio voluntarismo del autor<sup>12</sup>.

Sería conveniente advertir que «el conocimiento no es identificable con complicidad»<sup>13</sup>. En cuanto al componente geoestratégico, resulta clave para comprender las relaciones hispano-norteamericanas durante al menos los últimos setenta años, pues, de una u otra forma, nuestro país ha estado inserto dentro de la denominada política de seguridad occidental<sup>14</sup>. También es cierto que la llegada de Reagan a la Casa Blanca impulsó un notable cambio en la política exterior de Estados Unidos, poniendo en marcha diferentes iniciativas para frenar el expansionismo soviético y promoviendo una política de intromisión en Centroamérica, sin renunciar a prácticas ilegales<sup>15</sup>. Sin embargo, estos autores, en vez de valorar en su justa medida los intereses estadounidenses, se apresuran a colocar a España prácticamente en el centro de la nueva estrategia norteamericana, trazando además analogías con otras latitudes que no resultan

<sup>8</sup> MEDINA, F.: *23-F, la verdad*, Barcelona, Plaza Janés, 2006, pp. 287-303.

<sup>9</sup> CARCEDO, D.: *23-F. Los cabos sueltos*, Madrid, Temas de hoy, 2001, p. 167.

<sup>10</sup> ONETO, J.: *23-F La historia no contada*, Barcelona, Ediciones B, 2006, p. 27.

<sup>11</sup> «La CIA tuteló el golpe de Estado del 23-F», *Periodista digital*, 9 de octubre de 2006.

<sup>12</sup> GRIMALDOS, A.: *La CIA en España*, Barcelona, Debate, 2006, pp. 177-194.

<sup>13</sup> SILVA, P. de: *Las Fuerzas del cambio*, Barcelona, Prensa Ibérica, 1996, p. 221.

<sup>14</sup> MARQUINA, A.: *España en la política de seguridad occidental, 1939-1986*, Madrid, Ejército, 1986.

<sup>15</sup> MELANSON, R.: *American Foreign Policy since the Vietnam War*, Nueva York, Sharpe, 2005, pp. 128-190.

demasiado acertadas. Finalmente, nadie pone en duda que Terence A. Todman era profundamente conservador y que su furibundo anticomunismo le hacía simpatizar con los regímenes dictatoriales de América Latina. De hecho, abandonó su puesto de subsecretario adjunto para Latinoamérica por su falta de sintonía con aquellos sectores de la Administración Carter que apostaban por una diplomacia donde primara el respeto por los derechos humanos<sup>16</sup>. Con estos antecedentes, hubo quien consideró su nombramiento como un gesto poco amistoso, que ejemplificaba el escaso valor otorgado a la democracia española desde el otro lado del océano<sup>17</sup>. Es posible que Todman tuviera relaciones con periodistas y políticos de la extrema derecha e incluso que su comportamiento no fuera modélico, pero el resto de acusaciones parecen infundadas.

### Las relaciones hispano-norteamericanas previas al 23-F

Tras la muerte de Franco, las relaciones hispano-norteamericanas no sufrieron variaciones demasiado profundas ya que la última prórroga de los acuerdos, firmada en enero de 1976, se había gestado aún con el dictador en vida<sup>18</sup>. Con todo, es reseñable que, por primera vez, los acuerdos ejecutivos fueran elevados al rango de Tratado, lo que ha de interpretarse como un estímulo estadounidense al proceso reformista encarnado por Juan Carlos; apoyo que quedaría refrendado con la trascendental visita del monarca a Washington a comienzos del mes de junio<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> *El País*, 9 de abril de 1978.

<sup>17</sup> Un periódico tuvo el mal gusto de hacer un juego de palabras utilizando como referente la raza del nuevo embajador: «Nos ha tocado la negra». Cfr. FRAGA, M.: *En busca del tiempo servido*, Barcelona, Planeta, 1987, p. 119.

<sup>18</sup> La obra de referencia sobre la materia es la de VIÑAS, Á.: *En las garras del águila*, Barcelona, Crítica, 2003. Sobre las relaciones hispano-norteamericanas durante el tardofranquismo, véase PARDO, R.: «Estados Unidos y el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia Nixon», en LEMUS, E., y PARDO, R. (eds.): *La política exterior al final del franquismo, Historia del Presente*, 6 (2005), pp. 11-41.

<sup>19</sup> Véanse POWELL, Ch.: «El papel de Estados Unidos en la transición democrática española», en MARTÍN, O., y ORTIZ HERAS, M. (coords.): *Claves internacionales en la transición española*, Madrid, Catarata, 2010, pp. 65-98, y PEREIRA, J. C.: «La transición española desde el exterior. La influencia del factor internacional», en *Tiempo de transición (1975-1982)*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2007.

El eje sobre el que girará la relación durante esta etapa será el debate sobre la posible adhesión de España a la OTAN. Dentro de la UCD existía una corriente de opinión que estimaba que lo más conveniente para España era multilateralizar su encaje en la política de seguridad occidental dentro del marco de la Alianza, en vez de continuar un bilateralismo desequilibrado hacia el lado estadounidense<sup>20</sup>. Suárez no parecía, sin embargo, demasiado convencido de la necesidad de este ingreso y, durante su discurso de investidura en marzo de 1979, simplemente ofrecería un vago compromiso: el Congreso debatirá «en su día» tal cuestión<sup>21</sup>.

Hay quien estima que con esta indefinición y merced a ciertos gestos tercermundistas en su acción exterior —sus encuentros con Fidel Castro y Yasser Arafat, así como la presencia de España como potencia observadora en la VI Cumbre de los Países No Alineados—, Suárez se granjeó la desconfianza norteamericana, convirtiéndose en otro de los muchos poderes fácticos que deseaban verlo fuera de la escena política<sup>22</sup>. Sin embargo, en un informe distribuido entre los miembros del Comité de Asuntos Exteriores del Senado con motivo de la visita de Oreja a Washington en abril de 1980, la imagen de presidente español no es tan negativa: «Por el lado gubernamental Suárez y Oreja están firmemente comprometidos a acabar siendo miembros de la OTAN, y han demostrado sus credenciales cancelando un acuerdo comercial hispano-soviético en respuesta a la “brutal agresión” en Afganistán»<sup>23</sup>. El propio Marcelino Oreja expondrá ante el Comité que, si bien será necesario revisar a fondo el pacto bilateral, respecto a la Alianza Atlántica «la cuestión principal simplemente era decidir cuándo debía tener lugar el debate sobre la OTAN»<sup>24</sup>.

En el mes de junio, Jimmy Carter realizó un viaje por el continente europeo que le llevó a visitar España. En la documentación preparada por sus asesores se menciona que «las relaciones bilaterales entre España y Estados Unidos son probablemente mejores ahora

<sup>20</sup> RUPÉREZ, J.: *España en la OTAN. Relato parcial*, Barcelona, Plaza Janés, 1986.

<sup>21</sup> PREGO, V.: *Presidentes*, Barcelona, Debolsillo, 2001, p. 90.

<sup>22</sup> Así opina Alberto Oliart. JULIÁ, S., et al. (coords.): *Memoria de la transición*, Madrid, Taurus, 1996, p. 355.

<sup>23</sup> *Information memorandum*, 17 de abril de 1980, Senator Jacob K. Javits Collection (SJKJC), box 120, Special Collections, Stony Brook University Libraries (SCSBUL).

<sup>24</sup> *Memcon Marcelino Oreja*, 21 de abril de 1980, SJKJC, box 120, SCSBUL.

que en cualquier otro momento de los años recientes. La calidad de nuestras relaciones recibió un notable estímulo por el encuentro de enero en Washington entre los Presidentes Carter y Suárez y por la recepción del Presidente Carter al Rey Juan Carlos y la Reina Sofía [...] en febrero»<sup>25</sup>. Opinión coincidente con la de Z. Brzezinski, para quien tanto el rey como Adolfo Suárez eran firmes defensores de una relación estrecha entre ambas naciones y estimaban que la visita ayudaría a acercar a España a la Comunidad Occidental<sup>26</sup>. Si a esto sumamos un informe previo del vicepresidente Mondale que daba cuenta de las valiosas labores de mediación que Suárez estaba realizando en el mundo árabe para facilitar la liberación de los rehenes en Teherán, quizás debamos replantearnos —aunque será necesaria la desclasificación de más documentos— el valor que otorgaba Washington a las relaciones con España<sup>27</sup>.

El paso de Carter por Madrid va a estar precedido de unas polémicas declaraciones de Oreja<sup>28</sup>. Éstas sentaron muy mal no sólo a la oposición, sino también al propio Suárez, aunque no es posible establecer si por el compromiso que implicaba o por no considerarlas oportunas, dado que era abrir un nuevo frente a sumar a una larga lista de contenciosos pendientes<sup>29</sup>. En un memorándum a Carter, el secretario de Estado Edmund Muskie sostiene que las declaraciones de Oreja habían caído en Madrid como una bomba y

---

<sup>25</sup> *Bilateral issues with the United States*, 3 de junio de 1980, box 55, Jody Powell Collection, Jimmy Carter Library (JCL).

<sup>26</sup> Para el consejero norteamericano de Seguridad Nacional, los objetivos del viaje eran: primero, facilitar el camino para las próximas negociaciones bilaterales; segundo, crear una atmósfera más favorable en Madrid hacia aquellas iniciativas de política exterior norteamericanas para las que se solicita el apoyo español, y, tercera, «hacer que los españoles sientan que son socios valiosos en los asuntos internacionales, incluyendo la seguridad y defensa europea». Memorándum de Brzezinski a Carter, 14 de mayo de 1980, box 1, Materials Received from JCL, Walter F. Mondale Papers (WFMP), Minnesota Historical Society (MHS).

<sup>27</sup> Memorándum de Mondale a Carter, 8 de mayo de 1980, box 1, Materials Received from JCL, WFMP, MHS. Juicio difícilmente compatible con la visión imperante sobre la acción exterior de Suárez. Véase CALVO SOTELO, L.: *Memoria viva de la transición*, Barcelona, Plaza Janés, 1990, pp. 126-127.

<sup>28</sup> «Podemos adherirnos a la OTAN a corto plazo», *El País*, 15 de junio de 1980.

<sup>29</sup> Según Pérez-Llorca, Suárez «tenía la decisión de llevar el ingreso de España a la OTAN» antes de su dimisión. ABC, 8 de septiembre de 1981. Este extremo también ha sido apuntado en RUPÉREZ, J.: *España en la OTAN...*, op. cit., pp. 16-17. Dado que Suárez lo desmintió, la controversia sigue abierta.

muestra su preocupación por la reacción de comunistas y socialistas, que podrían añadir «tensiones adicionales a la frágil democracia española». Muskie afirma que «estamos evitando realizar comentarios públicos para no alimentar la sospecha de que Estados Unidos está empujando a España hacia la OTAN. En privado reiteramos nuestro apoyo a la entrada de España en la OTAN, en principio, con la advertencia de que España debe tomar esta decisión cuando y como ella elija. No queremos jugar el papel de demandante»<sup>30</sup>.

No se equivocaba Muskie en sus previsiones, pues el deterioro de la posición de Suárez era cada vez más patente, aunque no sólo por la acción de la oposición, sino, más bien, por la propia descomposición interna de la UCD. En septiembre de 1980, Oreja cedió la titularidad de Exteriores a José Pedro Pérez-Llorca, que es descrito como una persona que cuenta con la confianza de Suárez y cuyo perfil de hombre pragmático lo convertía, según Todman, en perfectamente capacitado para el puesto<sup>31</sup>. Al nuevo titular del Palacio de Santa Cruz no le quedaba más remedio que afrontar, definitivamente, el controvertido tema de la OTAN, pues, de cara a las negociaciones para la renovación del Tratado de 1976, resultaba perentorio definir la postura de Madrid ante la Alianza<sup>32</sup>. Las conversaciones registraron cierta demora, en primer lugar, por las elecciones norteamericanas que llevarían a Reagan a la Presidencia y, posteriormente, por la dimisión de Suárez. De hecho, esta circunstancia obligó a aplazar una nueva visita del rey Juan Carlos a Washington, prevista para febrero de 1981<sup>33</sup>.

Meses antes de que se produjera la dimisión, estaban cristalizando aquellas maniobras políticas que acabarán componiendo «la placenta del golpe»<sup>34</sup>. Según muchos cronistas, una de las personalidades implicadas en estas operaciones era el embajador Todman.

<sup>30</sup> Memorándum de Muskie a Carter, 17 de junio de 1980, NLC-7-23-4-2-3, JCL.

<sup>31</sup> Memorándum para Brzezinski, 8 de septiembre de 1980, NLC-1-1-16-8-19-5, JCL.

<sup>32</sup> Véanse RODRIGO, F.: «La inserción de España en la política de seguridad occidental», en GILLESPIE, R., et al.: *Las relaciones exteriores de la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 77-103, y PORTERO, F.: «La política de seguridad, 1975-1988», en TUSELL, J., et al. (eds.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 473-510.

<sup>33</sup> ABC, 2 de enero de 1981.

<sup>34</sup> CERCAS, J.: *Anatomía de un instante...*, op. cit., p. 39.

El diplomático americano ofrecerá una extensa entrevista a *ABC* donde intenta disipar todo tipo de sospechas, afirmando que Estados Unidos apoyaba el cambio democrático y que respetarían la voluntad popular española incluso si ésta se decantaba en el futuro por otorgar el poder a los socialistas: «nuestra actitud será la de siempre: colaborar con quien el pueblo español, libremente, y en expresión de su soberanía, quiera que esté en el gobierno. No intentaremos influir para que tal persona esté o no esté en el gobierno»<sup>35</sup>. Sin embargo, la controversia no abandonará a Todman durante el resto de su estancia en España, toda vez que la nueva Administración confirmó su continuidad al frente de la misión<sup>36</sup>. La investigación realizada por Prieto y Barbería sobre el 23-F considera que un nítido ejemplo del «doble juego» desplegado por el embajador es la inclusión de los derechistas Federico Silva Muñoz y Gonzalo Fernández de la Mora entre los invitados al primer desayuno presidencial<sup>37</sup>. Personalmente, estimo que este hecho puede considerarse casi como una gota de agua en el océano, sobre todo si tenemos en cuenta que a tal acto asistieron unas tres mil personas de, al menos, cien nacionalidades distintas; no parece el evento idóneo ni el momento propicio para conceder el *nihil obstat* al golpe<sup>38</sup>.

Mucho más interés tiene un telegrama, enviado desde la Embajada de Madrid el día 9 de febrero, en el que son analizados los tres artículos aparecidos, entre finales de 1980 y comienzos de 1981, en el diario ultra *El Alcázar* bajo el pseudónimo «Almendros»<sup>39</sup>. Todman desgrana con detenimiento su contenido, considerando que si bien el primer artículo se circunscribía esencialmente a cuestiones propias de la milicia, el segundo, por el contrario, «atacaba frontalmente al gobierno y exponía de modo más claro las credencia-

<sup>35</sup> *ABC*, 17 de diciembre de 1980.

<sup>36</sup> Todman achaca su continuidad a que no convenía interrumpir su labor en un periodo clave para las negociaciones bilaterales sobre las bases norteamericanas en España. *Frontline Diplomacy*, Manuscript Division, Library of Congress (MDLC), Washington, D.C., Interview with Terence A. Todman, 13 de mayo de 1995.

<sup>37</sup> PRIETO, J., y BARBERÍA, J. L.: *El enigma del «Elefante»*, Madrid, El País Aguilar, 1991, p. 126.

<sup>38</sup> *White House Diary*, 5 de febrero de 1981, en <<http://www.reaganfoundation.org/whd/pdf/020581.pdf>>.

<sup>39</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 9 de febrero de 1981, Madrid 01728, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/621b.PDF>>.

les antidemocráticas de sus autores»<sup>40</sup>. En lo que respecta al de más reciente aparición, destaca la solicitud de intervención al rey y al ejército para que frenaran el separatismo y los efectos perniciosos del orden constitucional: «El Rey, concluye el artículo, tiene la responsabilidad de actuar»<sup>41</sup>. Estos resúmenes parecen denotar un buen conocimiento de la compleja situación política de la España del momento. Sin embargo, Todman llega a unas conclusiones que cobran especial significado a luz de posteriores acontecimientos:

«es inconcebible que el Rey pueda hacer cualquier clase de movimiento fuera del marco de la Constitución y las investigaciones entre los militares parece que evitarán que [los] “Almendros” florezcan esta primavera. No obstante, si estos artículos han sido escritos por personal militar, son significativos dado que es la primera vez que cualquier componente del ejército hace un llamamiento pública e inconfundiblemente a lo que sería, de hecho, un golpe palaciego. [...] Todavía nadie sabe si “Almendros” está compuesto por una pequeña banda de disconformes o por un grupo más amplio. Entre nuestros contactos militares el descontento expresado en los artículos a veces toca alguna fibra sensible, pero no existen indicaciones de ninguna clase de apoyo para el llamamiento a una intervención militar»<sup>42</sup>.

Que a menos de quince días del golpe Todman exprese esta aparente sensación de tranquilidad en los cuarteles demuestra que los datos manejados por la legación no eran demasiado precisos. Pensar que el embajador ocultaba información al Departamento de Estado o que vivía completamente al margen de los múltiples rumores que, a diario, aparecían en la prensa acerca de la posibilidad de un «golpe de timón» no tiene demasiado sentido<sup>43</sup>. Quizás Todman disociara la posibilidad de una intervención militar de otro tipo de operación política que contara con el beneplácito de Juan Carlos I y llevara a un gobierno de concentración presidido por un independiente, aún a costa de desnaturalizar el orden constitucional.

Tal alternativa se quiebra con la elección de Calvo Sotelo como sustituto de Suárez, por lo que cobraría especial relevancia la hi-

---

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> *Ibid.*

<sup>42</sup> *Ibid.*

<sup>43</sup> Fraga menciona que el 9 de febrero se entrevistó con Todman, «que intenta averiguar lo que pasa», FRAGA, M.: *En busca del tiempo...*, op. cit., p. 232.

potética reunión de Todman con un Armada recién nombrado segundo JEME, pero herido en su orgullo por haber recibido un trato no demasiado cordial en su visita a la Zarzuela<sup>44</sup>. Supuestamente, el encuentro entre el embajador y Armada se habría celebrado el 13 de febrero en una finca cercana a Logroño<sup>45</sup>. No sería ésta la única reunión comprometida que tuvo Todman durante los días previos al golpe, pues otros testimonios orales apuntan a una entrevista con el comandante Cortina<sup>46</sup>. Éste se habría también reunido con el jefe de estación de la CIA en Madrid, teóricamente, para solicitar el beneplácito de la superpotencia a la operación golpista ya en marcha. Al menos así se lo habría transmitido Cortina a Tejero<sup>47</sup>. Son informaciones tan poco precisas que difícilmente podemos construir con ellas algo más que una mera hipótesis provisional. Mi opinión es que es factible que tanto Todman —cuya concepción estaría filtrada por el tamiz interesado de hombres como Armada o Emilio Romero— como los servicios de inteligencia norteamericanos estuvieran al tanto de que algo iba a suceder; aunque no con demasiada antelación y, creo, sin conocer todos los detalles<sup>48</sup>. Afirmar con rotundidad, tal y como han hecho algunos autores, que el conocimiento estadounidense era pleno o que aprobaban la operación golpista considero que es, por el momento, una temeridad<sup>49</sup>.

---

<sup>44</sup> PRESTON, P.: *Juan Carlos*, Barcelona, Plaza Janés, 2003, pp. 510-511.

<sup>45</sup> CERNUDA, P., et al.: *23-F. La conjura...*, op. cit., p. 190. Armada en sus memorias no registra dicho encuentro, ARMADA, A.: *Al servicio de la Corona*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 236.

<sup>46</sup> Según relata Perote, Cortina se reunió con Todman cuarenta y ocho horas antes del golpe. PEROTE, J. A.: *Confesiones de Perote*, Barcelona, RBA, 1999, p. 90.

<sup>47</sup> Un implicado en la intentona explica que es muy probable que Cortina exagerara afirmando que la operación contaba con la aprobación del mismísimo secretario de Estado, aunque no duda de que sus conexiones con la CIA fueran reales. PARDO ZANCADA, R.: *La pieza que falta*, Barcelona, Plaza Janés, 1998, pp. 199-200.

<sup>48</sup> Véase lo expuesto por un asesor del Congresista Lee Hamilton meses después del golpe: «diez minutos antes del asalto al Congreso [...] se solicitó a Estados Unidos un avión AWACS para el control de las comunicaciones. Esa petición se hizo desde la CIA de España a la sede de la agencia en Estados Unidos, y la llamada partió de la Embajada en Madrid». CALDERÓN, J., y RUIZ, F.: *Algo más que el 23-F...*, op. cit., pp. 209-210.

<sup>49</sup> GRIMALDOS, A.: *La CIA en España...*, op. cit., pp. 177-194, y PALACIOS, J.: *23-F: el golpe del CESID...*, op. cit., pp. 347 y 385.

## 23-F. El desarrollo de los hechos

Aunque aún no se haya desclasificado la secuencia completa de las comunicaciones establecidas entre la Embajada norteamericana en Madrid y el Departamento de Estado durante el tiempo que duró el asalto al Congreso, los telegramas a los que tenemos acceso aportan suficiente información como para merecer un análisis con detenimiento. El primero de ellos nos sitúa *in media res*, habiendo sido enviado a las 23:23 hora local de Madrid, 17:23 en Washington (DC). Se trata de un informe donde se ofrece una valoración inicial del discurrir de lo que denominan como «incidente en las Cortes». Todman comienza describiendo el cordón policial que rodea el Congreso, así como la formación —a instancias del rey— de un gobierno provisional de subsecretarios para, posteriormente, transmitir la información recibida por distintas vías:

«una fuente de fiabilidad desigual, aunque con buenos contactos militares, nos informa de que ha hablado por teléfono con los Capitanes Generales de Canarias y Extremadura [...] y que todos los Capitanes Generales están respondiendo a las órdenes del General Alfaro y la Junta de Jefes quienes, a su vez, están actuando bajo las instrucciones del Rey. Dice que la lealtad en las Fuerzas Armadas al Rey es absoluta. [...] Un contacto en el Alto Mando de la Guardia Civil confirma que, tristemente, los implicados en el incidente son auténticos miembros de la Guardia, pero que no ha habido contacto directo, hasta el momento, con ellos. De ahí que sus metas, objetivos, etc. aún sean desconocidos. Él no cree que nadie haya sido herido en el tiroteo en las Cortes»<sup>50</sup>.

Para trazar este, aún incompleto, estado de la situación —es llamativo que no mencione los sucesos de Valencia—, el embajador se sirve también de las noticias que le remiten varios miembros de la misión que, al producirse los hechos, fueron enviados desde Serrano 75 a la Carrera de San Jerónimo y sus alrededores para tomar *in situ* el pulso a la situación.

Robert Barbour explica cómo se gestó este dispositivo y cómo se vivieron estas primeras horas:

---

<sup>50</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 23 de febrero de 1981, Madrid 02347, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadsdocs/621c.PDF>>.

«Yo estaba sentado en mi despacho escuchando la radio [...] mientras iban pasando lista se produjo un griterío [...] Y luego hubo un tiroteo. [...] En aquel momento, cuando se produjo el tiroteo, me acerqué al cajón y saqué mi pequeña grabadora de bolsillo y la coloqué junto a la radio. [...] Así que llamamos al Centro de Operaciones, abrimos una línea y la mantuvimos abierta durante las siguientes quince horas, y observamos cómo evolucionaba la situación. [...] En aquella tesitura todo lo que estábamos intentando hacer era describir qué estaba ocurriendo y averiguar qué implicaba aquello exactamente, y hasta dónde podía extenderse dado que España estaba dividida en regiones militares [...] Teníamos gente en las calles para ver si cualquier otra cosa se ponía en marcha. Teníamos también los agentes consulares, uno de los cuales estaba en Valencia. [...] [los agregados militares] estaban fuera en las calles. Fuimos muy audaces en aquel momento, [...] les dimos a todos pequeñas radios. [...] Los teníamos en las calles y yo estaba muy asustado, les dije, “mantened esas cosas en vuestros bolsillos a no ser que sea absolutamente necesario su uso. Llamad por teléfono, usad un teléfono público. No dejéis que vean a americanos merodeando por los alrededores diciendo cosas inteligibles por radios portátiles”»<sup>51</sup>.

Merced a las pesquisas de estos improvisados informantes, Todman pudo transmitir, casi en directo, la llegada a los alrededores de las Cortes de los GEO, quienes parecían prepararse para un eventual asalto al Congreso<sup>52</sup>.

Aproximadamente a la misma hora en que se desplegaba dicho dispositivo, el secretario de Estado Alexander Haig iba a cometer una colosal torpeza que dio pábulo a todo tipo de especulaciones. Haig, al finalizar una reunión con su homólogo francés, fue interrogado por la prensa para que se pronunciara acerca de lo que estaba aconteciendo en España. Su respuesta no pudo ser más inapropiada: la grave crisis que estaba viviendo la joven democracia española era «un asunto interno». Bien es cierto que, tras esta desafortunada frase, Haig trató de suavizar tan contundente aserto agregando que estaba «siguiendo muy atentamente la situación española» y que era «aún demasiado pronto para comentar la situación»<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> *Frontline Diplomacy*, MDLC, Interview with Robert E. Barbour, 30 de noviembre de 1992. Barbour actuó como *Deputy Chief of Mission* en la Embajada de Madrid entre 1978 y 1984.

<sup>52</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 23 de febrero de 1981, Madrid 02347, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/621c.PDF>>.

<sup>53</sup> *La Vanguardia*, 24 de febrero de 1981.

A la hora de enjuiciar la actitud de Haig resulta esencial conocer si contaba con información fidedigna de los sucesos en las Cortes<sup>54</sup>. Me inclino a pensar que Haig fue tan irresponsable como para opinar sobre unos hechos que desconocía, aunque aquellos empeñados en implicar de algún modo a Estados Unidos en el golpe hayan tomado estas declaraciones como una excusa perfecta<sup>55</sup>. Más difícil de explicar es la tardía reacción por parte del presidente Ronald Reagan, que no emuló a la amplia nómina de altos mandatarios que, durante la madrugada, telefonaron al rey Juan Carlos para trasmitirle su apoyo. Washington se escudó en las condiciones impuestas por el cambio horario e incluso un portavoz de la Secretaría de Estado achacó la demora al ritmo de trabajo del nuevo presidente<sup>56</sup>. Son excusas inconsistentes que pretenden encubrir la decisión norteamericana de moverse con mucha cautela y esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos, continuando una estela posibilista que hacía honor a la mejor tradición de la *realpolitik* kissingeriana desarrollada hacia nuestro país durante la década de los setenta<sup>57</sup>.

El siguiente telegrama desclasificado da cuenta de la situación ya durante la madrugada del día 24, en concreto a las 1:08 horas<sup>58</sup>.

<sup>54</sup> Según relata Keith C. Smith, responsable del *Spanish Desk* y que formó parte del gabinete de crisis establecido en Washington, sus superiores le encargaron que orientara al secretario al respecto de la situación para que enfatizara el apoyo norteamericano a la democracia española, pero el *staff* de Haig le impidió ofrecerle advertencia alguna: «Así que Haig salió de su oficina [...] y dijo exactamente lo que no debía decir a la prensa. [...] Fue un ejercicio de relaciones públicas desastroso por parte de Haig, pero típico de su concepción de que él siempre era lo suficientemente listo como para improvisar frente a la prensa. Desperdiciamos meses intentando recuperarnos de este paso en falso». *Frontline Diplomacy*, MDLC, Interview with Keith C. Smith, 5 de febrero de 2004.

<sup>55</sup> La biseñez diplomática de Haig, pese a haber desempeñado el mando supremo de la OTAN entre 1974 y 1979, podría achacarse a su condición de militar de carrera. Su falta de tacto quedó igualmente patente en su controvertido comportamiento tras el atentado fallido contra Reagan en marzo de 1981.

<sup>56</sup> *Sábado Gráfico*, 11 de marzo de 1981.

<sup>57</sup> Reagan se retiró a sus aposentos pasadas las 10 de la noche —4 a.m. en Madrid—, más de dos horas después de que el monarca se hubiera pronunciado abiertamente contra el golpe. *White House Diary*, 23 de febrero de 1981, en <<http://www.reaganfoundation.org/whd/pdf/022381.pdf>>. Respecto a la actitud que Kissinger mantuvo hacia España, véase POWELL, Ch.: «Henry Kissinger y España, de la dictadura a la democracia (1969-1977)», *Historia y política*, 17 (2007), pp. 223-251.

<sup>58</sup> Únicamente sabemos que entremedias fueron enviados otros quince telegramas.

Aunque esto nos priva de conocer con detalle las impresiones emanadas desde la Embajada durante un lapso de tiempo ciertamente crítico, este nuevo cable resulta de interés al consignar su comportamiento ante las múltiples solicitudes de información por parte de los medios de comunicación estadounidenses, aturdidos, sin duda, tras las declaraciones de Haig:

«El portavoz de la Embajada ha enfatizado que nuestra información estaba basada en tempranos e irregulares informes de los acontecimientos realizados por la radio española. [...] El portavoz ha indicado en su respuesta que no cree que este “intento de golpe” (como ha sido descrito por la mayoría de los llamantes) tenga el apoyo de la mayoría de los oficiales responsables del Ejército del país»<sup>59</sup>.

La Embajada evitaba ofrecer una información que fuera más allá de lo puramente protocolario. Algo confirmado por la frase con la que Todman cierra la comunicación: «*estamos negándonos a especular sobre la naturaleza política del incidente o sus implicaciones*» (cursivas mías)<sup>60</sup>. Pocos minutos después, Todman transmitía lo siguiente:

«La situación aún es confusa. Además de las incógnitas sobre lo que realmente está pasando en el edificio de las Cortes otra gran incertidumbre es la situación en Valencia. Un miembro de la Embajada ha llamado a la Capitanía General de Valencia y le han dicho que ellos estaban apoyando las “instituciones existentes”. No está claro a qué instituciones se estaban refiriendo. [...] El Rey ha enviado un mensaje personal a los mandos militares confirmando que ha ordenado a las autoridades civiles y militares que tomen todas las medidas necesarias para mantener el orden constitucional. El Rey se va a dirigir a la nación a la 1:15 AM hora local»<sup>61</sup>.

A las 6:02 de la madrugada se da curso a un informe bastante extenso, pero que sigue demostrando el valor desigual de la información manejada. Comienza resumiendo las peticiones de Tejero, dando cuenta de su rechazo al ofrecimiento de un avión para vo-

---

<sup>59</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02363, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/621d.PDF>>.

<sup>60</sup> *Ibid.*

<sup>61</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02364, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/621e.PDF>>.

lar al destino que eligiera si liberaba a los diputados<sup>62</sup>. A continuación, Todman se apresta a desmentir ciertas noticias que afirmaban que las Cortes habían sido asaltadas por unidades especiales, pero comunica el traspaso del cerco por parte de una columna de la Policía Militar<sup>63</sup>. El cable se cierra afirmando que Milans ha devuelto el mando al poder civil y deja constancia de los múltiples comunicados en apoyo a la Constitución por parte de partidos políticos, sindicatos y la patronal<sup>64</sup>. Media hora más tarde, la Embajada norteamericana volvía a ponerse en contacto con el Departamento de Estado para hacerles llegar tanto el manifiesto con el que Tejero y el resto de golpistas ocupantes del Congreso trataban de justificar su actuación como la confirmación de que el capitán general de Valencia había publicado un nuevo bando anulando el anterior y acababa finalmente las órdenes de Juan Carlos I<sup>65</sup>.

Según avanzaba la noche, las informaciones se van espaciando en el tiempo. En un nuevo telegrama, Todman transmitía que a las 9:00 horas en el país parecía reinar la tranquilidad, aunque la situación en el Congreso había entrado en un punto muerto<sup>66</sup>. El embajador indica que todos los consulados norteamericanos reportaban que la normalidad era la tónica general en las distintas regiones, haciendo hincapié en que las fronteras con Portugal y Francia estaban abiertas y en que los vuelos internacionales de la TWA operaban sin incidencias en el aeropuerto de Barajas<sup>67</sup>. Del resto del telegrama, merece atención el apartado en el que se valora el efecto que han tenido las primeras muestras de condena del golpe por parte de Estados Unidos:

«Los informativos de radio dan una cobertura favorable a la declaración, ofrecida por una fuente no identificada del Departamento de Estado en Washington, que al parecer *reafirma* el apoyo norteamericano a la democracia española y expresa la esperanza de que el asalto al Congreso de

<sup>62</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02368, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6220.PDF>>.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> *Ibid.*

<sup>65</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02369, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6221.PDF>>.

<sup>66</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02374, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6223.PDF>>.

<sup>67</sup> *Ibid.*

los Diputados haya sido únicamente un grave episodio que no debería impedir la consolidación de la democracia en España» (cursiva mía)<sup>68</sup>.

La vacilante actitud de la diplomacia estadounidense parece ir decantándose paulatinamente, si bien, por el momento, a través de subalternos. El golpe había sido abortado, por lo que parecía oportuno lanzar un discurso de apoyo a la democracia española e intentar disimular cualquier gesto inadecuado que hubiera tenido lugar en las últimas horas. La Embajada envía la siguiente propuesta para facilitar la labor ante la prensa del portavoz del Departamento de Estado:

«Durante las pasadas veinticuatro horas hemos seguido con gran interés y atención lo acontecido en España. [...] Al igual que el resto de amigos de España, nos unimos para expresar nuestras felicitaciones por la exitosa resolución de la crisis y por la fortaleza mostrada por las instituciones, y los líderes de la joven democracia del país. El papel y el liderazgo del Rey Juan Carlos ha sido claramente decisivo para cerrar la crisis y merece especial admiración»<sup>69</sup>.

Palabras contundentes que, horas más tarde, serán reproducidas *verbatim* desde la Secretaría de Estado<sup>70</sup>.

Instantes después de haber enviado dicho comunicado, Todman notificaba la liberación de los diputados retenidos tras alcanzarse un acuerdo con Tejero<sup>71</sup>. Se abría un nuevo capítulo en las relaciones hispano-norteamericanas, las cuales quedaron bastante afectadas tras la escasa empatía mostrada desde la Administración republicana hacia la democracia española.

## La actuación del gobierno estadounidense tras el 23-F

Para intentar restañar las heridas, el propio Reagan telefoneará al rey Juan Carlos, aunque será uno de los últimos líderes en cele-

---

<sup>68</sup> *Ibid.*

<sup>69</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02380, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6225.PDF>>.

<sup>70</sup> *Ya*, 25 de febrero de 1981.

<sup>71</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 24 de febrero de 1981, Madrid 02382, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6227.PDF>>.

brar la supervivencia de la democracia<sup>72</sup>. Cabe suponer que el mandatario norteamericano revalidaría su confianza en la figura del monarca, continuando una dinámica que había comenzado prácticamente desde su designación en 1969, cuando, a los ojos estadounidenses, aquel anodino príncipe comenzó a transformarse en la clave para asegurar la estabilidad política de España<sup>73</sup>.

Pero el 23-F dejaba un desgarró en la confianza de los españoles frente al gigante americano que, difícilmente, podía corregirse con pequeños gestos y buenas palabras. A ello tampoco contribuyó la decisión de Calvo Sotelo —ya anunciada durante su discurso de investidura— de promover con celeridad el ingreso en la OTAN, pues imposibilitaba la existencia de un consenso en torno a la política exterior<sup>74</sup>. La izquierda, que en el ámbito interior se mostrará dispuesta a contemporizar para evitar nuevas aventuras golpistas, utilizará la postura anti-OTAN para recuperar la iniciativa política. Muchos miembros del PSOE aprovecharon la coyuntura para airear ciertos fantasmas anti-norteamericanos y su grupo parlamentario envió una carta de protesta a Todman, quejándose de la actitud ambigua de Washington<sup>75</sup>.

Que en la agenda del nuevo gobierno las relaciones hispano-norteamericanas ocupaban un puesto destacado queda acreditado por la temprana reunión entre Calvo Sotelo y Todman. El presidente afirmó ante el embajador que la justicia se haría cargo de los directamente implicados en el golpe, los cuales, según el ucedista, no pasaban de ser un pequeño grupo. Con todo, «se da cuenta de la importancia que tiene moverse con rapidez y precaución para lidiar con las causas subyacentes más básicas, incluyendo el tema autonómico, la economía y la cuestión general de la seguridad ciudadana»<sup>76</sup>.

---

<sup>72</sup> Reagan llegó al despacho Oval a las 08:25, pero no se puso en contacto con el rey Juan Carlos hasta las 10:33, las 16:33 en Madrid. La llamada únicamente duró tres minutos. *White House Diary*, 24 de febrero de 1981, en <<http://www.reaganfoundation.org/whdpdf/022481.pdf>>.

<sup>73</sup> LEMUS, E.: «Juan Carlos, de sucesor a Rey», *Historia Contemporánea*, 34 (2007), pp. 175-200.

<sup>74</sup> PREGO, V.: *Presidentes...*, op. cit., pp. 126-127.

<sup>75</sup> *El País*, 26 de febrero de 1981. Además de los socialistas, también Alberto Oliart reconoció su falta de sintonía con Todman. JULIÁ, S., et al.: *Memoria de la transición...*, op. cit., p. 357.

<sup>76</sup> Telegrama de Todman al Departamento de Estado, 5 de marzo de 1981, Madrid 02874, en <<http://foia.state.gov/documents/foiads/622b.PDF>>.

Calvo Sotelo también confirmó que no iba a formar un gobierno de coalición y describió la situación del país como «dificultosa» y «delicada», aunque mostró su confianza en que, tras el golpe, la democracia y el constitucionalismo se iban a ver reforzados<sup>77</sup>.

A este primer contacto a alto nivel siguió otra serie de reuniones desarrolladas por miembros subalternos del gobierno y la Embajada, como la que tuvo lugar entre el subsecretario de Exteriores Ortega y Robert Barbour a petición del primero. El motivo principal del encuentro era buscar una solución a la agresiva campaña, generada en la prensa española, a raíz de la actitud de Haig durante el golpe. Barbour remitió al Departamento de Estado un extenso informe en el que queda patente la preocupación existente en Santa Cruz, pues temían que si ésta no se atajaba podría ser imposible una vuelta a los «buenos tiempos anteriores al 23-F»<sup>78</sup>. Ortega explicó que las cartas enviadas por Reagan así como los gestos amistosos hacia España, efectuados en los últimos días por parte norteamericana, no habían calado en una sociedad que ponía en duda ya no sólo que a Estados Unidos les interesara la democracia española, sino incluso que su mano no estuviera detrás del propio golpe<sup>79</sup>. Desde Exteriores se reclamaba al Departamento de Estado un gesto de apoyo inequívoco como pudiera ser una visita del propio Haig a España. Barbour replicó:

«no veo necesidad de tener que defendernos por nuestra actitud durante el intento de golpe del 23-F [...] Tras los comentarios del Secretario [...] estaba la necesidad de ser cautos ante una situación que ni nosotros ni nadie más en aquel momento entendía [...] La prensa española ha decidido explotar las observaciones del Secretario para sus propios fines, bien desde la izquierda o bien desde la extrema derecha. [...] ¿Qué hubiera ocurrido si el Secretario de Estado hubiera pronunciado en esos tempranos momentos un comentario excesivamente efusivo? ¿No habiéramos tenido a la misma prensa preguntándose por qué estaba tan bien preparado?»<sup>80</sup>.

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> Telegrama de Barbour al Departamento de Estado, 12 de marzo de 1981, Madrid 03244, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/622c.PDF>>.

<sup>79</sup> *El País*, 7 de marzo de 1981.

<sup>80</sup> Telegrama de Barbour al Departamento de Estado, 12 de marzo de 1981, Madrid 03244, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/622c.PDF>>.

Para Barbour, estaba en la mano del gobierno español realizar ciertos gestos de gratitud hacia Estados Unidos, pues «no había ninguna razón para que el Secretario venga aquí como un penitente, como si hubiera hecho algo malo»<sup>81</sup>. Con todo, el diplomático norteamericano acabó solicitando al Departamento de Estado que valorara las bondades que dicha visita tendría, pues ayudaría al gobierno español a hacer frente a sus problemas más acuciantes: «apoyando a las instituciones democráticas españolas, fortaleciendo y renovando nuestra relación bilateral y orientándolo sobre la OTAN»<sup>82</sup>.

Durante el resto del mes de marzo, la tormenta mediática fue *in crescendo* y, en sendos telegramas remitidos desde Serrano 75, se adjuntan extractos de artículos muy críticos con Estados Unidos aparecidos, respectivamente, en el periódico *Diario 16* y en la revista *Cambio 16*<sup>83</sup>. Desde la Embajada también se observaba con preocupación que esta campaña de desprestigio estaba calando en las filas del PSOE, sobre todo a raíz de ciertas declaraciones de Felipe González durante una visita al Reino Unido<sup>84</sup>. Aunque González matizaría con posterioridad sus manifestaciones, éstas no contribuyeron demasiado a disipar los recelos norteamericanos ante un posible futuro gobierno socialista<sup>85</sup>. En realidad, incluso tras las elecciones de 1982 las relaciones entre Washington y la cúpula del PSOE no dejaron de ser tensas, aunque fueron mejorando con el transcurso de los años hasta alcanzar un nivel óptimo durante los últimos gobiernos de González<sup>86</sup>.

A finales del mes de marzo se anunció que Alexander Haig visitaría finalmente Madrid durante los días 8 y 9 de abril con el objetivo de revitalizar la relación bilateral y aliviar las tensiones derivadas de su comportamiento durante el 23-F. Antes de partir

---

<sup>81</sup> *Ibid.*

<sup>82</sup> *Ibid.*

<sup>83</sup> Telegramas de Barbour al Departamento de Estado, 13-14 de marzo de 1981, Madrid 03283 y 03320, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/622d.PDF>> y <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/622e.PDF>>.

<sup>84</sup> «La inhibición de Estados Unidos tras lo que ha ocurrido es inexplicable en términos democráticos», *The New York Times* (NYT), 12 de marzo de 1981.

<sup>85</sup> Telegrama de Barbour al Departamento de Estado, 18 de marzo de 1981, Madrid 03508, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6231.PDF>>.

<sup>86</sup> PARDO, R.: «La política norteamericana», en PORTERO, F. (ed.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Ayer, 49 (2003), pp. 13-53.

para España, el secretario se entrevistó con el embajador Lladó. Lawrence Eagleburger le preparó un guión para esta reunión en el que queda claro que su principal meta iba a ser zanjar el contenido abierto tras su torpe comportamiento<sup>87</sup>. Una vez en Madrid, Haig se esforzó por transmitir su apoyo a la democracia española, aunque fue incapaz de reconocer que se había equivocado. Mantuvo que sus célebres declaraciones se habían malinterpretado y tuvo duras palabras para aquellos que siguieran considerando que Estados Unidos contemporizaron con los golpistas: «cualquiera que persista en mantener esa posición o bien no es muy inteligente o es terriblemente malicioso»<sup>88</sup>. Durante su estancia en España, Haig se entrevistó con el rey, Calvo Sotelo y Pérez- Llorca. En el informe que remite a Reagan da cuenta de los resultados de sus conversaciones, siendo de especial interés sus anotaciones sobre la OTAN<sup>89</sup>. Haig considera que

«la decisión española es un paso importante y potencialmente histórico. Debemos, dado que sé que estás de acuerdo, hacer todo lo que razonablemente podamos para facilitar una entrada en la OTAN rápida y sin complicaciones. Le he dicho al Ministro de Exteriores que: solicitaría al Canciller Schmidt que logre que el SPD intente aminorar la oposición de los socialistas españoles (el SPD financia a una buena parte del Partido Socialista Español); hablaría con los Ministros de Exteriores holandeses, noruegos y daneses en la cumbre ministerial de la OTAN del próximo mes en Roma para enfatizar nuestro decidido apoyo a la entrada de España»<sup>90</sup>.

En opinión de Haig, el principal problema para la adhesión en la OTAN residía en la inestabilidad de la política interior española. Especial interés tiene la valoración final con la que el secretario ce-

---

<sup>87</sup> «1. Hacer hincapié en la necesidad de poner fin a las especulaciones sobre el compromiso estadounidense con la democracia española, al igual que su compromiso personal con la misma; 2. Indicar que está preparado para despachar en Madrid sobre la entrada en la OTAN, nuestra relación bilateral de seguridad, su viaje al Medio Oriente, y las políticas norteamericanas sobre temas substanciales». Memorandum de Eagleburger a Haig, 27 de marzo de 1981, en <<http://foia.state.gov/documents/foiadocs/6232.PDF>>.

<sup>88</sup> NYT, 10 de abril de 1981.

<sup>89</sup> Cable de Haig a Reagan, 17 de abril de 1981, reproducido en *Declassified Documents Reference System*, Michigan, Gale, 2008.

<sup>90</sup> *Ibid.*

rraba su exposición y que refleja, perfectamente, tanto su opinión sobre España como su concepción de la realidad internacional:

«A pesar de los pequeños problemas que nos hemos encontrado aquí hoy, debo enfatizar que los españoles son firmes en su oposición y en su desagrado hacia los soviéticos; Son igualmente firmes en su apoyo a Estados Unidos; Son buenos aliados que están inseguros con su nueva democracia; Necesitan apoyo psicológico y material. Lo mejor que podemos hacer por ellos y por Occidente es ayudarles a integrar sus instituciones económicas, políticas y militares dentro de Occidente»<sup>91</sup>.

## Conclusiones

A lo largo de lo expuesto en las páginas precedentes espero haber acreditado que, al menos con la información de la que disponemos, no es sencillo seguir manteniendo hipótesis sensacionalistas que conecten directamente al gobierno estadounidense con el 23-F. Las claves del golpe han de buscarse en las conspiraciones políticas que, so pretexto de expulsar a Suárez de la Moncloa, generaron la sensación de que cualquier iniciativa que tuviera este objetivo iba a ser respaldada. La documentación desclasificada parece atestiguar que las relaciones hispano-norteamericanas durante el mandato de Adolfo Suárez no estaban tan deterioradas como se ha venido afirmando y que su dimisión estuvo motivada por sus múltiples problemas de política interior.

Respecto a la actitud de la Administración Reagan durante las horas que duró el asalto al Congreso, parece que han de interpretarse como una postura absolutamente pragmática, no carente de cinismo, pero que buscaba no hipotecar sus intereses en España. El principal activo norteamericano continuaba siendo Juan Carlos I y si éste hubiera, de algún modo, patrocinado la intentona es difícil creer que no hubiera contado el apoyo de Estados Unidos<sup>92</sup>.

En cuanto a las consecuencias del golpe, la presencia de Haig en España fue crucial para el posterior ingreso de España en la OTAN. Con esta adhesión no se cierra definitivamente el capítulo

---

<sup>91</sup> *Ibid.*

<sup>92</sup> Actitud análoga a la de muchos militares que no hubieran dudado en actuar si el rey así se lo hubiera solicitado. PRESTON, P.: *Juan Carlos...*, *op. cit.*, p. 533.

de las aventuras golpistas —cuyo fantasma reaparecerá en la víspera de las elecciones de 1982, así como en el intento de magnicidio de 1985—, pero el 23-F representó una seria advertencia; era necesario modernizar a las Fuerzas Armadas españolas para que cesaran en su empeño por participar en la política interior. La Alianza Atlántica parecía una buena solución.

Por último, es cierto que Haig obtuvo un importante éxito en lo que se refiere a dinamizar las negociaciones para la renovación de los acuerdos bilaterales y sentar las bases para el alineamiento formal de España con Occidente. Sin embargo, fracasó en aquel objetivo que Eagleburger había calificado de primordial. Fue incapaz de poner fin a las especulaciones sobre el compromiso pleno de Estados Unidos con la democracia española<sup>93</sup>. La sombra de la sospecha sobre la actitud de la Administración Reagan va a mantenerse con el paso de los años, pues había sumado —más bien consolidado— un aliado, pero había perdido la batalla por la opinión pública.

---

<sup>93</sup> *Cambio* 16, 13 de abril de 1981.